

CARLOS CALDERON CHICO Y SU PROYECTO CULTURAL EN EL ECUADOR Y AMERICA*

*POR: Michael Handelsman***

Uno de los aspectos más fascinantes de América Latina es su carácter mágicorrealista y fantástico que sorprende e inquieta en cada momento. En muchos sentidos, la gran vitalidad y esperanza de América radican en su habilidad de desafiar los cánones del logos europeo. Aunque existe la tendencia de relegar "lo real maravilloso" latinoamericano a lo exótico, entendiéndolo sólo como un fenómeno propio de la barbarie que llama la atención a los turistas civilizados, huelga insistir que se trata de algo mucho más profundo. Aparte del mundo literario

•

- *Estudio introductorio al libro "Entrevistas en pos de una expresión americana", de Carlos Calderón Chico, que la Universidad de Guayaquil publicará próximamente.

- **Doctorado en lenguas Romances, University of Tennessee, Knoxville.

donde niñas ascienden al cielo e indios se convierten a coyotes y conejos, el realismo fantástico que interesa aquí es ese espíritu indomable e invencible de una América Latina que se despierta cada día para reanudar sus luchas incesantes contra una suma de problemas, peligros y amenazas que, hasta ahora, han dificultado la realización de su Segunda Independencia. Pese a una larga historia de explotación, de hambre, de dictaduras y de colonialismo, no se ha podido borrar la presencia eterna de Bolívar, Martí, Alfaro, Sandino, Camilo Torres y los miles y miles de sacrificados anónimos que confirman que el pueblo latinoamericano algún día vencerá.

En el campo de cultura, se encuentran parecidos desafíos en América. El colonialismo que ha distorsionado la historia y expresión auténticas de América, tampoco ha logrado eliminar las búsquedas de las verdades. El libro existe en América Latina y testimonia lo que realmente sucede. El analfabetismo, la falta de editoriales, la escasa difusión de libros y el control de los medios de comunicación metropolitanos no han podido callar las voces de la verdad. Un elemento integral del mundo fantástico o mágicorealista de Latinoamérica es la labor de aquellos escritores que se han negado a aceptar las historias oficiales que han encubierto el mundo represivo en que las mayorías latinoamericanas han vivido y siguen viviendo.

Estos comentarios introductorios establecen un marco de referencia en el cual hemos de ubicar a Carlos Calderón Chico, el trabajador de cultura cuya obra pensamos analizar aquí. De Guayaquil, Calderón refleja de manera amplia el carácter invenciblemente "maravilloso" e "ilógico" del mundo cultural de América. A pesar de todas las fuerzas anticulturales omnipresentes en una ciudad de casi dos millones de habitantes, muchos de los cuales todavía sufren condiciones inhumanas, Calderón no ha sucumbido a un medio asfixiante donde el hambre y el analfabetismo, por un lado, y la falta absoluta de una política cultural coherente y responsable del Estado, por otro lado, han dislocado hasta la periferia del vivir cotidiano de la sociedad todo proyecto cultural, confundiendo cultura con lo suntuoso y lo artificial. Frente a todos los obstáculos, Calderón realiza una labor cultural dinámica que ha convertido el libro, la literatura y la investigación en instrumentos de lucha social. Lejos de elitismos y torremarfilismos, el concepto que Calderón tiene de cultura --su modus vivendi si se quiere-- está profun-

damente arraigado en una tradición de cuestionamiento, de indagación y de búsqueda que promete conducirnos eventualmente hacia la liberación definitiva de toda Latinoamérica.

Mientras los medios internacionales de comunicación reducen el mundo cultural de América a unas pocas figuras torales --Paz, Vargas Llosa, García Márquez-- o lo limitan a unos títulos proclamados best sellers por ciertos centros metropolitanos, en todas partes se pierden de vista el verdadero sentido y la auténtica raison d'être de la labor de todos los que producen cultura en América Latina. El gran público internacional, los que consumen la cultura y los que consagran a sus héroes e ídolos, sólo dejan ver pequeños reflejos. Los bombos y platillos que suenan en reuniones del Pen Club, en congresos, festivales y lanzamientos auspiciados por diversas instituciones de Nueva York, París o Barcelona, distorsionan con frecuencia el panorama global. Lo que es en esencia un proyecto de lucha, lo que constituye un compromiso para realizar verdaderas transformaciones sociales y lo que surge muchas veces entre penurias y persecuciones se ha identificado con eventos de taquilla en vez de con combates de trinchera.

Por todo eso, un trabajador de cultura como Carlos Calderón adquiere una gran importancia y merece estudiarse. Ante la imagen de una cultura vestida de frac que se desenvuelve en círculos internacionales (es decir, norteamericanos y europeos), el aporte de Calderón y las condiciones en que él trabaja nos ofrecen una perspectiva más justa y cabal de la cultura latinoamericana y los desafíos que tiene que enfrentar. El anonimato en que vive fuera de su país y el silencio en que trabaja dentro del Ecuador mismo representan la experiencia de miles y miles de trabajadores culturales de toda América. Sin pretender llegar a ser un éxito comercial, sin interesarse en la noción burguesa de una producción cultural meramente lucrativa, Carlos Calderón Chico de Guayaquil realiza su obra cultural como un acto de reivindicación y descubrimiento tanto nacionales como continentales.

Nacido en 1953, no se debe confundir la juventud de Calderón con una falta de experiencia o madurez. De hecho, ya se ha establecido como uno de los bibliófilos más importantes del país con una biblioteca personal de más de tres mil títulos. Tomando en cuenta el deterioro gene-

ral de las bibliotecas de Guayaquil y la falta casi absoluta de librerías bien equipadas en la ciudad, el esfuerzo de Calderón por coleccionar y archivar libros, folletos, periódicos y revistas, que en muchos casos ya son rarezas bibliográficas, constituye en sí un aporte valiosísimo para la cultura nacional. La figura de Carlos Calderón recorriendo los puestos de venta de libros usados en las calles bulliciosas y turbulentas de Guayaquil es digna de un cuento. Su retrato es, el del hombre apasionado, sobre todo por el libro nacional; del compañero entregado a rescatar el pasado ecuatoriano; del joven entusiasta por el pensamiento de otros; del bibliófilo dedicado a difundir textos y materiales dentro y fuera del Ecuador; del trabajador cultural incansable en su afán por fomentar líneas de comunicación entre los ecuatorianos y demás latinoamericanos.

Además de su preparación universitaria en el Ecuador, sus conocimientos sobre diversos aspectos de Latinoamérica se profundizan aún más cuando en 1978 pasa tres meses en Venezuela donde estudia los movimientos poéticos de la vanguardia latinoamericana con el crítico chileno, Nelson Osorio. En 1980, hace un viaje cultural al Perú, y como había hecho en Venezuela y Colombia anteriormente, vuelve a ofrecer en el extranjero conferencias sobre literatura ecuatoriana. Cada viaje constituyó una experiencia de conocer y hacer conocer; en ambas ocasiones, Calderón logró establecer nuevos contactos profesionales y, con los años, los ha mantenido y nutrido para así vencer en parte el aislacionismo que tantas veces ha debilitado el sueño bolivariano de una América Latina unida y solidaria.

Esta misma inquietud por difundir las letras y el pensamiento nacionales se pone de manifiesto desde sus primeras publicaciones. En 1975, con el poeta Hugo Salazar Tamariz, presenta un volumen bibliográfico intitulado Nuevos Cuentistas del Ecuador; en 1982, junto a Iván Eguez y Francisco Proaño, colabora con Casa de las Américas y publica "Selección de narradores ecuatorianos". Paulatinamente, Calderón descubre que su medio de expresión predilecto va a ser el periodismo. Los diarios y las revistas nacionales, y en algunas ocasiones del exterior, se convertirán en el foro de su trabajo como diseminador y promotor de cultura ecuatoriana y latinoamericana. Es así que él ha puntualizado que "yo nunca intenté ser escritor en el sentido tradicional de la palabra. Es decir poeta, narrador. Desde hace unos diez años, estoy meti-

do en la actividad periodística..."¹

Desde su época de estudiante universitario en la Universidad de Guayaquil, Calderón abre el espacio profesional en que va a desenvolverse y a la vez él establece su modus operandi. Funda y dirige en 1974 Puño y Letra,² una revista literaria que, pese a su corta vida (salieron dos números antes de que el tercero fuera censurado por su contenido), anuncia la presencia de un intelectual dinámico, perspicaz y hasta audaz en su habilidad de conseguir la colaboración de intelectuales de alta calidad cuyos textos no dejan de provocar, sacudir e inquietar a los lectores. De hecho, Calderón logra reunir en Puño y Letra a algunos de los escritores jóvenes de más talento --y de los más polémicos-- del país como Abdón Ubidia, Raúl Pérez Torres e Iván Eguez. También cuenta con la participación de Carlos Béjar Portilla, Sonia Manzano y uno de los poetas más prestigiosos del país: Jorge Enrique Adoum. Del exterior, se encuentran en las páginas de Puño y Letra textos de Ernesto Cardenal, Eduardo Gudiño Keiffer y Hernán Lavín Cerda.

Sin duda alguna, la experiencia de Puño y Letra constituye un hito en el desarrollo crítico y profesional de Calderón. A pesar de tener solamente veintidós años, y pese a su condición de mero estudiante, esta revista representa mucho más que un ejercicio de diletantismo universitario. Puño y Letra pertenece a una tradición rica de revistas literarias en el Ecuador y, con la dirección de Calderón, se caracteriza por un plan de trabajo concreto y bien elaborado. Frente al eterno problema de aislacionismo y regionalismo, tanto a nivel nacional como a nivel latinoamericano, Calderón arma una revista que pretende poner al lector guayaquileño en contacto con importantes escritores de la sierra ecuatoriana y del exterior. Tender puentes, informarse, dialogar y conocerse son los componentes de esta orientación amplia y abierta que Calderón dirige contra toda fragmentación y balcanización cultural, y que ya se vislumbra en Puño y Letra. En efecto, esta primera incursión de Carlos Calderón en el mundo de las revistas literarias va a marcar profundamente todo el aporte cultural que él realiza posteriormente.

Después de algunos años de una actividad intensa como colaborador de revistas y diarios nacionales e internacionales, y luego de viajar y de participar en varios congresos literarios dentro y fuera del país, Cal-

derón inicia una segunda etapa, y diríamos la definitiva, en la formación de su obra. Entre 1982 y 1984, trabaja de redactor político y cultural en Meridiano, un diario de Guayaquil, y con Fernando Artieda, coordina su suplemento dominical, Meridiano Cultural. A diferencia de la experiencia fugaz de Puño y Letra, Calderón ahora goza de cierta estabilidad, y cada semana con amplia difusión tiene la oportunidad de consolidar su labor de promotor cultural. Con la misma sensibilidad y el mismo espíritu abierto que caracterizaron Puño y Letra, Calderón ayuda a convertir Meridiano Cultural en uno de los principales medios de diseminación cultural del país. La calidad de los textos seleccionados para el suplemento, el origen ampliamente nacional e internacional de los colaboradores y la naturaleza polémica de los temas tratados constituyeron los rasgos esenciales de Meridiano Cultural.³

Aunque los dueños de Meridiano nunca supieron realmente valorizar ni comprender lo que tenían entre manos --es decir, el suplemento cultural mejor logrado de la prensa nacional de ese momento-- y aunque Calderón se vio obligado a separarse del periódico después de dos años, la experiencia duró suficiente tiempo para que él se estableciera como uno de los personajes más efectivos del país en lo que se refiere a la producción de revistas culturales⁴. Además, y quizás de más importancia aún, los dos años con Meridiano le permitieron a Calderón a pulir y afinar su trabajo como entrevistador. De hecho, uno de los aspectos más ricos de las páginas de Meridiano Cultural ha sido el de las entrevistas con diversos escritores y políticos de primera línea que Calderón había llevado a cabo. De hecho, a través de los últimos años, Calderón ha creado lo que él llama un "Archivo de la palabra". Con un centenar de grabaciones de larga duración --es decir, entrevistas y diálogos con los escritores y políticos más destacados del escenario nacional y latinoamericano-- el "Archivo" de Calderón ya constituye una fuente histórica valiosísima para cualquier centro de investigaciones.

Las mismas razones que llevaron a Calderón al periodismo también lo han convertido en uno de los dos o tres entrevistadores más importantes del país, y en uno de los más capaces de América Latina. Su galería de entrevistados es simplemente impresionante. En un plano latinoamericano, se encuentra a tales figuras como Fernando Alegría, Roberto Fernández Retamar, Eduardo Galeano, Carlos Monsiváis, Eduardo Gudiño Keiffer, Adolfo Sánchez Vásquez y Antonio Cornejo Polar; en

el contexto nacional, están --entre la gente de letras-- Agustín Cueva, Alfonso Barrera Valverde, Eliécer Cárdenas, Jorge Enrique Adoum, Leopoldo Benites Vinuesa, Hugo Mayo, Alfredo Pareja Diezcanseco, Raúl Pérez Torres y tantos otros. Respecto a los políticos nacionales, los entrevistados incluyen al actual Presidente, León Febres Cordero, al Vicepresidente Blasco Peñaherrera, al Dr. Carlos Julio Arosemena Monroy, ex-mandatario del país, a senadores, diputados y representantes de diversas ideologías. En cada diálogo se patentizan los propósitos de Calderón. Por un lado, trabaja por romper el aislacionismo cultural del país y de toda América mediante la difusión de las ideas y las obras más representativas de algunas de las mejores figuras del país y del extranjero. Por otro lado, pretende rescatar valores culturales que se han perdido a través de los años, o que por diversas causas, nunca habían llegado antes al público. Y sobre todo, Calderón se aferra a la necesidad de mover al lector a la reflexión --inquietarlo-- por medio de la polémica y la controversia.

Hasta la fecha, sus principales entrevistas han sido recopiladas en Literatura, autores y algo más (Guayaquil: Offset Graba, 1983), Palabras y realidades (Guayaquil: Universidad de Guayaquil, 1986) y la más reciente colección intitulada Entrevistas en pos de una expresión latinoamericana (Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 1988). En 1985, salió a la luz Pedro Jorge Vera se confiesa: Política y literatura. (Quito: Ediciones Culturales U.N.P., 1985) que inicia uno de los proyectos más ambiciosos de Calderón como entrevistador e investigador de cultura nacional. A través de diálogos largos y tendidos --entrevistas convertidas en libros enteros--, Calderón se está reuniendo con verdaderos personajes nacionales, tanto de la política como de las letras, cuyos recuerdos e impresiones del Ecuador formarán un corpus vital de la historia oral del país. Terminadas y aceptadas para futuras publicaciones están las conversaciones con Adalberto Ortiz, Leopoldo Benites Vinuesa, Angel F. Rojas, León Roldós, Carlos Julio Arosemena y Alfredo Pareja Diezcanseco.

Al leer a Calderón uno se da cuenta de que las entrevistas que él realiza no tienen nada que ver con aquellos textos breves y, por lo general, superficiales que acostumbran aparecer en periódicos y revistas de todas partes. En vez del dato meramente biográfico o la anécdota principalmente chismosa, lo que realmente interesa a Calderón es descu-

brir a la persona entrevistada a través de sus ideas y cosmovisión. En cada entrevista suya, él se esfuerza por relacionar a la persona, y las ideas de la misma, a un contexto ampliamente nacional e internacional. Las comparaciones y las referencias a otras ideas y planteamientos convierten a cada entrevista en una fuente multifacética de conocimientos, de indagaciones y de cuestionamiento. Pero este "mano a mano" que Calderón desarrolla no se caracteriza por la polémica hueca y vacía que no tiene otro fin que el de antagonizar y ofender. La entrevista polémica de Calderón más bien incita y estimula por su honestidad y por su búsqueda limpia de explicaciones y respuestas. En cada diálogo, se siente la presencia de un investigador serio, de un lector voraz, de un curioso incansable, de un auténtico trabajador de cultura. Su cometido está claro: despertar inquietudes y curiosidades en el entrevistado para, así, motivar e integrar a la discusión --aunque desde muy lejos-- al mismo lector de la entrevista.

El conjunto de los temas que componen las entrevistas refleja las inquietudes y los desafíos más paradigmáticos de la cultura latinoamericana actual. La responsabilidad social del escritor, la penetración cultural, el problema de la periodización, la política cultural y el Estado, el exilio y la literatura infantil son la sustancia vital de los diálogos. En cada momento palpita una coherencia de ideas y preocupaciones mientras que Calderón teje y desteje un solo tapiz cultural lleno de diversas figuras cuyas reflexiones y reparos testimonian la lucha constante por liberar a América. Es así que en Literatura, autores y algo más, Fernando Alegría comenta que "como escritores no podemos marginarnos de una realidad que nos toca todos los días... Lo único que puede hacer el escritor auténtico es devolverle la mano a la realidad, cambiar la realidad y buscar la manera de que el escritor, que el artista establezca su obra de creación en contacto con el pueblo, que produzca esos cambios en la realidad, que van a traer una sociedad mejor, que hagan entonces del trabajo literario algo tan digno como el trabajo del obrero". Por su parte, Agustín Cueva advierte: "Está bien ser especialista en una disciplina...pero sin perder de vista la globalidad de los problemas ecuatorianos, ya que la investigación debe estar comprometida con la realidad nacional...Especialización, bien, pero a condición de mantener una perspectiva general de la problemática del país y a condición de tener conciencia de adónde está apuntando la investigación" (Literatura, autores y algo más, 103). Y, ante el colonialismo que sufre toda América, Eduardo Galeano explica la urgencia de escribir

una nueva historia ya que "hay toda una cultura del desvínculo, una cultura del divorcio de lo que somos y lo que fuimos, que niega la posibilidad a estas tierras de tener una memoria y contarlo a sus hijos... porque los muchachos reciben la historia como una sucesión de batallas o fechas; la idea es que tenga sangre, huesos, encarnarla, caliente, color, eso no tiene nada que ver con la historia de bronce y de mármol que los muchachos están condenados a aprenderse de memoria mientras estudian" (originales,9).

Esta misma preocupación por la historia como una escritura oficial del Estado burgués o como una expresión revolucionaria que conduce a una interpretación liberada de lo que puede ser América constituye uno de los temas principales de Palabras y realidades, la segunda colección de entrevistas de Carlos Calderón Chico. Junto con Eusebio Leal de Cuba, Kent Mecum de Estados Unidos, Elías Muñoz Vicuña y Abel Romeo Castillo, estos dos del Ecuador, Calderón sondea diversos conceptos de lo que es la historia. Según Eusebio Leal, "La historia tiene que ser fundamentalmente encarada en la realidad, tiene que ser probada con hechos, la historia no es una representación fría o tibia de acontecimientos, ni tampoco una historia expresada como una cultura monumentaria" (108). De manera más escueta, Muñoz Vicuña resalta lo esencial del rescate histórico ya que es necesario "conocer lo que... generaciones anteriores le han dejado para continuar desarrollando lo bueno y para terminar de sepultar lo malo y, a su vez, crear una situación nueva" (134). Como en todas sus entrevistas, en las de esta colección Calderón también pone al lector en contacto con su pasado y su presente mientras las conversaciones vislumbran caminos que apuntan hacia un futuro de nuevas posibilidades y esperanzas.

Sin duda alguna, un elemento clave que facilita la comunicación entre Calderón y el entrevistado es la preparación previa a cada encuentro. Por lo general, Calderón estudia detenidamente toda la obra de quien va a entrevistar para, así, seleccionar los temas más centrales y medulares del pensamiento de éste. Al mismo tiempo, identifica ciertas preferencias y predilecciones del invitado para establecer un ambiente de cordialidad, confianza y amistad. En no pocas ocasiones, los entrevistados han llevado al diálogo un profundo nivel de sinceridad y sensibilidad, revelando inquietudes y preocupaciones que a menudo se reservan sólo para los amigos más especiales. Jorge Enrique Adoum, por

ejemplo, se abre al reflexionar que "todos estamos entrampados...porque, aunque rechazamos nuestra clase, seguimos siendo más o menos burgueses. No olvidemos que por el solo hecho de odiar una clase no se sale de ella" (*Literatura, autores y algo más*, 20). En la misma entrevistas, y con un tono salpicado de amargura y franqueza, comenta: "Hablo...de fuerzas enemigas que no duermen ni descansan, no tienen noches ni días feriados ni fines de semana...Lo que yo he hecho no puede llamarse una 'obra literaria' y no he desempeñado ningún papel. Se trata, en primer lugar, de mis deficiencias personales pero, además sucede que la literatura puede muy, pero muy poco, frente a los fusiles y los dólares" (19).

No nos parece una exageración afirmar que las entrevistas realizadas por Calderón constituyen una fuente integral de la bibliografía general de textos sobre cultura nacional, por una parte, y cultura latinoamericana, por otra. Los mayores productores y partícipes están presentes, y gracias al estímulo y al manejo diestro que Calderón sabe poner en cada conversación, las ideas y los planteamientos vibran en cada página. Ningún obstáculo, ni siquiera el bloqueo contra Cuba (véanse las entrevistas con Roberto Fernández Retamar, Mariano Rodríguez, Francisco Pividal, Orlando Rodríguez, Eusebio Leal, Luis Suardíaz); ha podido detener la labor de este promotor y diseminador cultural. Y todo esto se comprueba una vez más con la publicación del último libro de Calderón, *Entrevistas en pos de una expresión latinoamericana*.

Las once entrevistas junto a una encuesta sobre las diez mejores novelas ecuatorianas que componen este nuevo texto plasman los principales rasgos y aciertos del trabajo de Calderón. Al combinar lo nacional (Jorge Enrique Adoum, Iván Carvajal, Vladimiro Rivas, Manuel Corrales y Efraín Jara Idrovo) con lo internacional (Fernando Alegría, Carlos Monsiváis, Eduardo Galeano, Orlando Rodríguez, Adolfo Sánchez Vásquez y Antonio Cornejo Polar), y al seleccionar a once figuras cimeras del mundo de las letras, Calderón invita a los lectores a reflexionar sobre las ideas, las inquietudes y las advertencias de algunos de los intelectuales más representativos de la actualidad en el Ecuador y Latinoamérica, en general.

En cada entrevista, Calderón se mueve entre la poesía y la narrativa,

entre lo nacional y lo latinoamericano. Evaluaciones de épocas y obras polémicas, cavilaciones sobre la relación entre el escritor y su público e interpretaciones del sentido mismo del trabajo que realizan los literatos en el contexto latinoamericano son la sustancia de los diálogos. El lector atento y cuidadoso reconoce la coherencia y unidad de Entrevistas en pos de una expresión latinoamericana; en vez de entrevistas sueltas y dispares, se encuentra un conjunto orgánico de textos con miras hacia los mismos propósitos. Es decir, aunque Calderón no utiliza un solo cuestionario lleno de preguntas rutinarias, muchos de los comentarios giran en torno a la misma problemática, a los mismos desafíos que cada uno enfrenta. La preocupación del rol que ha de jugar el intelectual en la sociedad latinoamericana, por ejemplo, es una de las constantes que establece esta unidad e ilustra cómo el lector tiene la oportunidad de relacionar diversas entrevistas para, así aprehender ampliamente varios aspectos culturales de Latinoamérica. En efecto, el carácter polémico de Octavio Paz y Mario Vargas Llosa deja de ser un asunto aislado y sin mayor trascendencia --un tema meramente académico-- cuando Calderón invita a Monsiváis, a Alegría, a Cornejo Polar y a Galeano a comentar el significado literario y político de los dos literatos consagrados. Para el lector acostumbrado a fuentes metropolitanas de información que insisten en la representatividad de Paz y de Vargas Llosa como intelectuales "progresistas" de América Latina, y las que también resaltan el carácter supuestamente "apolítico" de la literatura, las observaciones de los entrevistados analizadas en su conjunto prometen despertar inquietudes y, con suerte, impulsarán nuevas tomas de conciencia. Las palabras de Carlos Monsiváis sobre Octavio Paz reflejan la tónica de los criterios y planteamientos que Calderón sabe descubrir y provocar en cada momento:

me parece que en lo que es muy superficial el pensamiento de Paz es en la eliminación del hecho de la miseria; como Paz no incluye a la miseria en su examen de la situación latinoamericana, de hecho excluye a América Latina de su observación. Ahí es donde encuentro la parte más débil de todas sus fundamentaciones; para Paz todo se reduce a una confrontación del pensamiento crítico con el Estado o con las reformulaciones totalitarias del Estado y no toma en cuenta lo que significa, por ejemplo, la lucha contra la insalubridad, el analfabetismo, el hambre, etc., no hay la menor consideración de la miseria en el pensamiento de Octavio Paz y, por tanto, me parece que nunca ha podido verdaderamente acercarse a lo que es la realidad latinoamericana. (originales, 10)

Aunque se podría seguir comentando otros temas importantes de Entrevistas en pos de una expresión latinoamericana, algunos de los cuales ya se han comentado en relación a otros textos, basta con destacar el de la literatura infantil para señalar una vez más cómo Calderón emplea la entrevista en su afán por cuestionar y desbaratar conceptos de un sistema social alienante y opresivo para las mayorías de América Latina. Si el libro va a repercutir en el futuro, si el texto va a ser un instrumento vital en la construcción de una nueva sociedad, la preparación y la formación de buenos lectores, entonces, constituyen un proyecto y un desafío urgentes. Con esta preocupación como trasfondo, Calderón dialoga con Orlando Rodríguez quien aborda el tema desde el contexto de la Revolución Cubana. A pesar de nuestras buenas intenciones, y pese a nuestra esperanza en las promesas de una que otra ley del libro, Rodríguez nos hace ver que no puede haber buenos lectores si ellos están muriéndose de hambre. Y mientras sus aseveraciones nos inquietan, poco a poco comenzamos a comprender la relación íntima que existe entre el libro, el niño, el futuro y la revolución. Nuestros valores entran en jaque, y Calderón sigue conduciendo la conversación para que sus lectores se acerquen a una sociedad socialista, la de Cuba, mediante la literatura infantil.

Para concluir, no nos parece casual que Jorge Enrique Adoum le haya comentado a Calderón que "Todo arte es un testimonio y todo artista es un testigo de su tiempo..." (originales, 6). Como entrevistador, Calderón también está jugando el papel de testigo a través de toda su labor profesional. Particularidades y contenidos concretos de cada entrevista aparte, lo que ha motivado este análisis ha sido el sentido totalizador de su obra. Las inquietudes y las preocupaciones de Calderón están en el centro mismo de la más vital producción cultural que se está realizando en América Latina. Entrar en el mundo de Carlos Calderón equivale a penetrar en un mundo vasto y estimulante que trasciende fronteras y épocas. Sin la fama de los García Márquez, sin un aparato estatal que facilite la producción cultural, sin grandes bibliotecas o el patrocinio de establecidas fundaciones, Carlos Calderón Chico --como tantos otros latinoamericanos-- no se deja vencer. Inmerso en una ciudad de enormes problemas sociales, consciente de las transformaciones que todavía quedan por hacer en todo el continente, este trabajador de cultura de Guayaquil pertenece a una larga tradición combativa que emplea el libro --y la actividad cultural, en general-- "como una incitación para cambiar la realidad."⁵

NOTAS

¹ Citado en Pablo Salgado, "Entrevistando a un entrevistador", Expreso, Guayaquil, el 20 de octubre de 1985, 19.

² El primer número salió en noviembre de 1974 y se tituló Puño, caracterizándose como una revista de interpretación y análisis. El consejo de redacción incluía a Fernando Naranjo, Fernando Nieto Cadena y Pedro Saad Herrería. En el segundo y último número de la revista aparece el nuevo título, Puño y Letra, y se define como una revista de creación y análisis, auspiciada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guayaquil.

³ Para un análisis más completo del suplemento, véase nuestro estudio intitulado "La misión cultural de un suplemento literario de Guayaquil: Inventario y análisis de Meridiano Cultural", publicado en Crónica del Río, Revista de la Casa de la Cultura Núcleo del Guayas, No. 1 (octubre de 1986).

⁴ Después de su labor con el Meridiano, entre septiembre de 1985 y marzo de 1986, Calderón se destaca como coordinador del suplemento, Semana, del diario guayaquileño, Expreso.

⁵ Entrevista con Antonio Cornejo Polar, Revista de la Universidad de Guayaquil, Abril-Junio, 1986, No. 64, pág. 219.